Eduardo Lucena

La inspiración y la Música Popular

Al cumplirse el primer centenario del nacimiento de este músico cordobés, seguramente que nadie ha tenido que hacer un esfuerzo de memoria para recordar su nombre. Su nombre y su arte están tan dentro de nuestros recuerdos, de lo viejo con la nostalgia de los días lejanos, de los jóvenes, con la presencia viva y perenne de su gran arte. Parece que asistimos todos al homenaje de un hombre de nuestros días, y no es así, ya no queda de todo esto, y ya es bastante, más que el ambiente impregnado de música imperecedera.

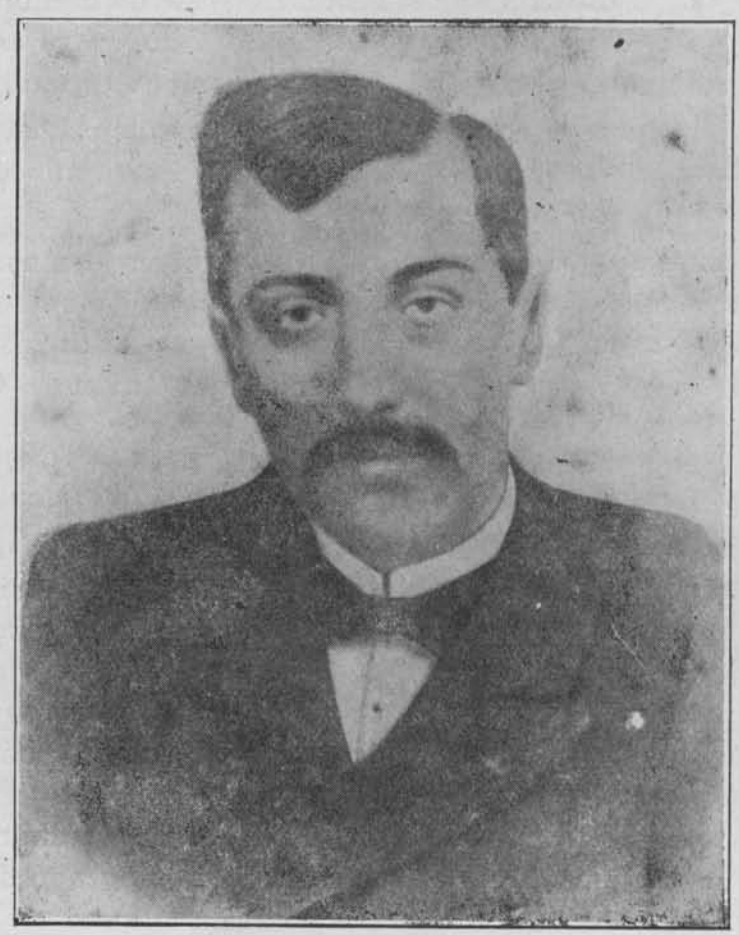
De su época quedan pocos hombres y como en la vida de los grandes artistas, solo penetraron los demás, en el anecdotario superficial y sin interés, que nada importan.

Desmenuzar su obra artística es tarea de técnicos musicales que seguramente lo harán con su competencia y en su momento oportuno. A la grandeza magnífica de su arte nos acercamos los profanos, para ver dos cosas al alcance de todos, la inspiración del Genio y la representación más pura de su Música Popular.

La inspiración de Eduardo Lucena, como la de todos los grandes artistas, fué siempre su noble compañera, en las noches silenciosas de Córdoba y en los rincones más escondidos, y quizás al recuerdo de días azarosos tan propicios a la inspiración sola o casi sola a la sombra de tanto recuerdo y de tanta historia, Eduardo Lucena escribió sus mejores creaciones y en las cuerdas de un violín o de una guitarra, a la sombra de su capa cordobesa, quedaron para siempre los atributos del genio, que los días y los años fueron conservando como los más puros simbolismos del arte de nuestra tierra, como una sentencia de Séneca, una faena de Lagartijo, un cuadro de Julio, la célebre PAVANA será para siempre el himno sagrado de nuestros mejores recuerdos.

Su música se llama la Música Popular ¿porqué? pero es que hay alguna música o alguna manifestación de arte que no sea nacida en la entraña popular, donde puede ir mejor la nota de un pentágrama o el destello de un cuadro que al alma atormentada de su pueblo

el genio del artista necesitó siempre para divinizar su arte la gran tortura de su alma.

Eduardo Lucena ha pasado en su historial a ocupar por derecho propio un sítio de honor que no borrarán los siglos por muy ligeros que pasen. Sus papeles olvidados en un rincón, tienen el mismo valor eterno de nuestros cuadros y de nuestras estatuas y en las cuerdas de una guitarra o de un violín o en el conjunto de su gran Estudiantina vivirá el alma de nuestro pueblo, recordando su nombre y su música, orgullosa y altiva, a la sombra de sus grandes artistas.

R. Jiménez Ruiz